

SUSCRIPCIÓN

Un mes, 0'50.—Trimestre, 1'50.—Anuncios y Reclamos a precios convencionales.—La correspondencia al Director.—Redacción y Administración: Círculo Reformista.—No se devuelven los originales:

LA LLUVIA

PERIÓDICO REFORMISTA SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Habla Rodríguez Valdés

Nuestra admiración para Cartagena.—Una reina que merece serlo.—la oratoria y Rodríguez Valdés.

Hasta ahora habíamos, observado que, en los pueblos españoles, salvando contadísimos y solemnes acontecimientos oficiales—las visitas regias por ejemplo—únicamente producía afluencia de forasteros y animación expectante, el anuncio de una corrida de toros. En Cartagena, el día 12 vimos circular por la calle Mayor bajo los toldos que protegían del sol mediterráneo, entre las fachadas de los cafés y de los casinos guarnecidas de observadoras runflas de poltronas de junco esmaltado y sillas de madera, una concurrencia heterogénea y endominada, compuesta de hombres de toda la provincia. Igualmente que si aquella tarde fuese a torear Juan Belmonte en competencia con Joseflito. No cabe otra comparación tratándose de nuestro país.

¿Qué ocurría en Cartagena? Iba a hablar Rodríguez Valdés aquella noche.

Mientras que en los corros se comentaban ciertas ideas y frases sugeridas por el cerebro y manadas de los labios del gran tribuno y que revelaron sus oraciones memoratísimas, como las amatistas y los brillantes realzan y ornan los pectorales cardenalicios; en tanto que de algunos labios, entre censuras para los que aprisionan al águila entre barrotes caciquiles, cadenas oligárquicas y cepos de envidia, salían reproches amables para el tenido por irresoluto, cual si permaneciese suspenso en mitad de su carrera triunfal, por virtud del abrazo deleitoso y adormecedor de aplausos unánimes, igual que Annibal enervado en Capua por efecto de los contactos afrodisíacos de las hetarias de Malta y las libaciones de la sangre alcohólica, de Falermo y de Chipre; a la vez que la multitud rumorosa caminaba o departía; nosotros interpretábamos, seguros de la justicia del razonamiento, esa inercia aparente de Rodríguez Valdés. Junto a él, su frente sabia, como el yel-

mo Minerva, y en sus ojos proféticos, percibíamos las palpitaciones leves, pero constantes, de una voluntad que va laborando la orfebrería de una aspiración, al empleo del esquisito procedimiento que Benvenuto empleará para fabricar sus joyeles; notábamos el avance de unos pensamientos sutilísimos y agudos que ahondan e lo porvenir, con la persistencia suave de los labios piadosos que horadan el berro queño Pilar de Zaragoza a besos reverentes, y digimos: Pronto, las flores de la esperanza darán el fruto del triunfo perenne.

Rodríguez Valdés, intimamente, hace suyo el aforismo de Esquilo: «El tiempo y yo contra todos!». Y ya falta poco para que suene la hora histórica de sus nobles reivindicaciones.

* *

Las multitudes, más que los grupos aristocráticos, revelan con sus procedimientos y sus actuaciones el nivel cultural de un pueblo, como los sementeras de cereales denuncian, mejor que los macizos de flores, la feracidad de un terreno. Porque un jardín reducido, puede cultivarse en medio de una estepa y un cenáculo de refinados eruditos puede vivir envuelto en aduares. Pero esas floraciones resaltan de la aridez del terreno en que germinan o de la barbarie humana en que se desenvuelven, denunciando que son producto exótico.

Cartagena es una ciudad adelantada. Sin contar con que allí se desarrollan núcleos intelectuales de todos los aspectos, con una profusión y reciedumbre que hablan muy alto de la grandeza mental de España, la masa ciudadana cartagenera demostró la noche del pasado día 12 que se interesa por los acontecimientos de arte esquisito, y que está capacitada para asistir a ellos.

Para una fiesta de Juegos Florales, o sea una sumisión a la poesía, un homenaje a la

